



**Natalia Savater, 80 años**  
**Alejandro Molina Bravo, 18 años**

## Con goteras en el esqueleto

Natalia Sabater volvió a Brasil, país que abandonó en 1967, tras vivir trece años como inmigrante. Se reencontró con una parte de su vida y recordó los acontecimientos que la llevaron a irse. Hoy, con 80 años, reconoce que ese país la cambió.

Después de tantos años, Natalia volvía a estar en Brasil. Era julio de 1998 y contemplaba las inmensas cataratas de Iguazú en las que mueren las aguas del río Paraná. Le acompañaban su marido Ramón, su hija, su yerno, y sus nietas. Natalia estaba anonadada: no se explicaba de dónde salía tanta agua; el río no parecía tan profundo desde el barco. No podía dejar de admirar los arcoiris, nunca había visto tantos juntos. Y el rugido del agua: "Era un estruendo, casi no se podía hablar". En ese momento, Natalia, a pesar de no ser muy religiosa, pensó: "Esto debe de ser cosa de Dios". En los trece años que vivió en Brasil, en São Paulo –San Paulo, como ella dice-, nunca había visitado las cataratas. Por fin estaba allí, veinte años después de haberse marchado, gracias al viaje sorpresa que su hija y su yerno les prepararon a ella y a Ramón.

Natalia volvía a estar en Brasil, pero esta vez estaba de visita, una turista más. Ya no era una inmigrante.

### No te avergüences nunca de mí, hijo

Natalia Sabater nació en Valencia un 22 de diciembre de 1925. "Me tocó el Gordo", le decía siempre su madre. Era la menor de tres hermanos, hijos de un quiosquero del barrio de Jesús y un ama de casa. El kiosco daba lo justo para vivir.

Fue una niña feliz. Se le amontonan los recuerdos relacionados con la escuela donde estudió, un colegio que, según cree, fue uno de los muchos que se construyeron durante la II República. Recuerda incluso la luz que entraba por las ventanas de la clase. "Ahora, no me preguntes lo que cené ayer porque no me acuerdo"; dice. Recuerda con especial cariño a la bedel del centro, la señorita Leocadia, la campana que hacía sonar para indicar los descansos y el grito con que llamaba al orden a las alumnas, con esa voz aguda: "¡¡Niñas!!" Tampoco se olvida de la maestra Catalina, una mujer casada pero sin hijos, que se volcaba con las alumnas hasta tal punto que les planchaba sus ejercicios de labores en casa. Disfrutaba con sus amigas de los juegos infantiles como la comba y la rayuela, dejando en casa por unos momentos la tristeza y las penas del hambre, de las que era consciente como sólo lo son los niños.

En 1937, Natalia tuvo que dejar el colegio, a los trece años, para ayudar en casa. Ese día dejó atrás su infancia. Se vio obligada a ello, pues se relacionó a su padre con un oscuro asunto en el que nada tenía que ver. Algo muy común durante la Guerra Civil.

A la casa de Natalia se presentó un agente de la Guardia Civil para decirle al padre que debía personarse en el cuartel. La familia no le dio mucha importancia: sería por la quema de aquel convento cercano. Con estos pensamientos el padre fue el día siguiente al cuartel. Se hizo de noche. Y no volvía. Preocupada, la madre, con Natalia de la mano, se presentó en el cuartel para saber qué había sido de su marido. Allí, el mismo guardia que se presentó en la casa les aclaró que en la denuncia aparecía el nombre del kiosco, no el del padre, Vicente. Aun así, a la espera de verificar la acusación, ingresaría en la cárcel. Nada de lo que le acusaban era cierto.



La familia se vio privada de su medio de subsistencia: el kiosco, del que lograron obtener la licencia gracias a la caridad de dos vecinos, que se ofrecieron como avalistas. La madre se hizo cargo del kiosco, pero fue necesaria la colaboración de Natalia, por lo que tuvo que abandonar el colegio en sexto grado.

Las visitas a la cárcel con su madre eran desoladoras: "Aquello era un guirigay de la gente que había". La madre hervía agua en una olla y cocía la camiseta del marido. Era el mejor método para matar los piojos que anidaban en las costuras.

Sólo cuando le visitaba su hijo, el padre se abatía: "No te avergüences nunca de mí, hijo. ¡Yo no he hecho nada!"

Pasaron siete meses hasta que el padre fue liberado, enfermo de los pulmones a causa del encierro. Se descubrió que no era él la persona que buscaban, era otro hombre que también tenía un kiosco en la zona.

Después de aquello, el ambiente se volvió todavía más irrespirable, más opresivo, toda España envuelta en la desconfianza, los unos vigilándose a los otros, acechándose.

El padre de Natalia murió varios años después, cuando ella tenía 25 y trabajaba en una librería. El hermano no pudo ir al entierro al estarle prohibida durante diez años la entrada en España. Se encontraba en Aviñón (Francia), a donde llegó desde San Sebastián, atravesando los Pirineos a pie, en una caravana de seres humanos en busca de una vida mejor. Y es que llevaba rumiando la idea desde hacía mucho tiempo: si insistía en alistarse en el Ejército de Aviación y que le destinaran a Canarias era sólo para partir hacia Venezuela en barco. Pero no lo consiguió y optó por Francia. "Ay, hermano, lo que tuviste que pasar"; se lamenta Natalia aún hoy, con el hermano muerto ya, en Aviñón, donde pasó el resto de su vida.

### **São Paulo, Brasil. 1954-1967**

La historia de amor de Natalia y Ramón es de esas pocas en las que el destino y la casualidad dan mil vueltas persiguiéndose para aliarse finalmente.

Ramón fue uno de los muchos niños refugiados durante la Guerra Civil. Él, junto con su hermano menor fueron acogidos por una familia valenciana. El hermano mayor permaneció con otra familia, también de Valencia. Ramón le estaba tan agradecido a esta familia que acogió a su hermano, que, mientras hacía la mili, durante un permiso, fue a visitarlos. Natalia era vecina de esta familia. Acabó configurándose un grupo de jóvenes que paseaban por la playa. Entre ellos, Natalia y Ramón.

La relación continuó, pero se distanciaron durante un tiempo hasta que a Natalia le llegó una carta de Ramón: Estaba en Brasil desde el año 52 y le pedía que se casara con él, pues Natalia no podía emigrar sin estar casada. Se casaron por poderes el 6 de junio de 1954. El hermano mayor de Ramón ocupó el lugar del novio. Dos meses después, Natalia viajó en barco hacia Brasil. En el puerto le esperaba su marido, Ramón. La última vez que lo vio era su novio. Años después, consiguió traer a su madre y a su hermana.

Natalia trabajó en la Agencia Hispano-Brasilera hasta que nació su hija Matilde. Se dedicaba a labores de papeleo necesarias para la tramitación del Documento 19, que permitía la estancia de inmigrantes. Vio judíos, árabes, turcos, portugueses, españoles (andaluces y gallegos, sobretodo)... que acababan trabajando en el sector



servicios. Los franceses y alemanes estaban mejor considerados. En São Paulo convivían todas las razas y culturas. Había hasta un barrio japonés con sus pagodas y farolillos. (En este momento, Natalia se quita las gafas y se estira los ojos un par de veces.)

Natalia se adaptó bien a las costumbres del país, como tener que pedir el pan en las comidas, el omnipresente arroz con feijão (judías) o comer en el cine un bollo hecho de palmito, lo que permitía el sueldo que Ramón ganaba como carpintero. Era joven y lo vivía todo como una aventura. Aunque tuvo que pelear con la nostalgia. Recuerda con cariño a los brasileños, que la acogieron con amabilidad a pesar de los aires de superioridad que traía aprendidos de una España que todavía se consideraba un imperio donde no se ponía el sol.

Natalia se siente brasileña a la vez que española: "Es como una cazuela donde se mezclan lo español y lo brasileño". Y es que vio cómo la capital pasaba de Rio de Janeiro a Brasilia por iniciativa del presidente Kubichek, vio el desarrollo urbanístico diseñado por Niemeyer y vio desde el balcón a un jovencísimo Pelé alzando triunfante la Copa del Mundo de fútbol.

Volvieron en 1967; cuando el hijo pequeño tenía siete años. Natalia ya no era la misma.

### **Goteras en el esqueleto**

Natalia volvió. La ciudad era diferente. São Paulo había cambiado se había relajado, degradado. "Estaba moito abacalhado; no lo sé decir de otra forma". Aun así, nunca olvidará a esos niños semidesnudos jugando al fútbol en la playa. Riendo. Despreocupados, libres, felices. "Me impresionó su sencillez", dice. Y tampoco olvidará las cataratas.

Me despido de Natalia. De sus historias y sus ojos grises. Me despido de la frase que más le escuché: "Eso no lo pongas". Y me doy cuenta de que le he cogido cariño a su manera apasionada de contar y a cómo rememoraba su vida, y sus opiniones tan lúcidas. Y pienso que esta "vieja con goteras en el esqueleto" (como ella se define) es como otros tantos viejos que olvidamos: quizás no han hecho grandes cosas, pero son grandes personas.

### **Lo importante de la vida**

Con todo lo que has vivido, todo lo que has pasado, ¿qué opinas de la vida? ¿Con qué hay que quedarse?; le pregunto.

Se ha pasado mucho –cierra la mano y se la lleva a la boca, en un gesto que simboliza el hambre–: ves a la madre sufriendo y dándole todo a sus hijos, cualquier golosina... y mi padre... Pero, a pesar de todo, cuando dicen que ahora hay depresiones, pues no sé; cuando hay necesidad sólo quieres animar a la madre, ponerla de buen humor.

A veces te pones triste, pero la tristeza se diluye y hay que quedarse con lo bueno. No me ha quedado ningún trauma de todo aquello.

Natalia es de esas personas que piensa que siempre hay que seguir adelante. Mientras se realizaba este artículo, su marido tuvo que ser ingresado en el hospital. Al final de una conversación telefónica me cuenta, cansada, que Ramón ya está en casa, después de quince días: "Ya hemos subido otro escalón."



¿La vida merece la pena, entonces? Yo creo que sí, porque luego los hijos, los nietos..., son un revulsivo. Merece la pena tenerlos (también dan mucho trabajo, es verdad); pero merece la pena, porque cuando son chiquitines y te abrazan, y te dicen "te quiero" -Natalia se emociona, se restriega con los dedos las lágrimas tras las gafas-... Y sí, vale la pena. Yo creo que sí.